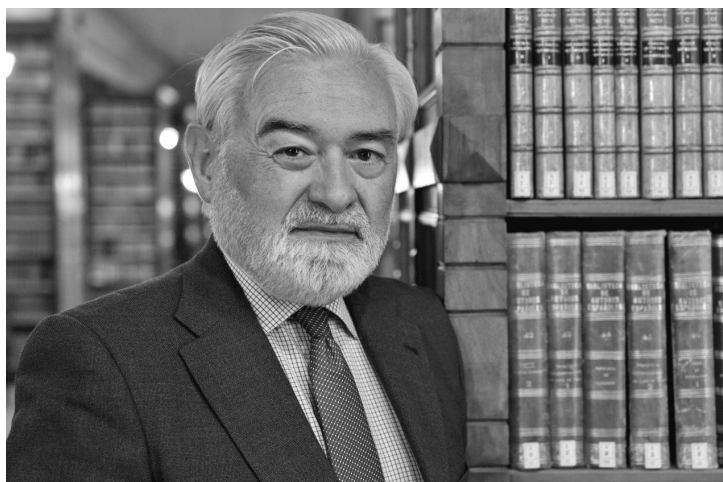


# Darío Villanueva

«La corrección política  
es una forma de censura  
sobre la lengua»

Darío Villanueva (Villalba, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Miembro de la Real Academia, fue director de la institución entre 2014 y 2019. Crítico ante lo que se ha dado en llamar lenguaje inclusivo, siempre se ha mostrado opuesto también a la corrección política, que considera «una forma de censura». En esta entrevista reflexiona sobre el uso de la lengua como arma ideológica. La conversación con *Nueva Revista*, abre el bloque dedicado al poder y la palabra. En él se incluyen también análisis sobre la obra de Victor Klemperer (*LTI. La lengua del III Reich*) y de George Orwell (*Lenguaje, política y verdad*).

---



El académico Darío Villanueva

Foto: © Real Academia Española.

—Hace ya décadas que usted, desde su experiencia en Estados Unidos, alertaba del fenómeno que se ha dado en denominar lo políticamente correcto y lo políticamente decible. Desde entonces, ¿han mejorado o empeorado las cosas?

—Muy a finales de los ochenta fui profesor visitante en la Universidad de Colorado. El problema en mis clases, sobre la picaresca española, sobrevino con la *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*, obra de un extraordinario escritor y antisemita confeso, Francisco de Quevedo y Villegas. Acabábamos de descubrir en mi universidad un texto suyo titulado, ni más ni menos, *Execración contra los judíos*, fechable en 1633, y ese talante asoma explícita o implícitamente en numerosas páginas del *Buscón*.

En el aula leían conmigo dos alumnos judíos, en cuya condición de tales yo no había reparado en ningún mo-

mento. Se sintieron ofendidos porque un profesor como yo escogiera un texto de ese cariz y lo hiciese leer ante la clase en voz alta, y así lo denunciaron ante el director del departamento y el decano. Ambos enfocaron el asunto a la luz de la libertad de cátedra, y me dieron crédito sin reservas. No solo esto, sino que consiguieron convencer a los denunciantes de que no había mala intención, antisemita, en mi sílabo del curso, sino que para explicar la picaresca era obligado estudiar el *Buscón*. El asunto no fue a más, pero como profesor visitante español en la citada universidad norteamericana no me cabe duda de que me dejé algunos pelos en la gatera.

Después de aquella experiencia mía, un libro de Robert Hughes me proporcionó la confirmación de que había llegado para quedarse la corrección política, la nueva forma de censura. Una censura perversa, para la que no estábamos preparados, pues no la ejerce el Estado, el Gobierno, el Partido o la Iglesia, sino estamentos difusos de lo que denominamos sociedad civil.

En 1993, este escritor australiano publicó *La cultura de la queja*, donde saca a la luz lo que estaba ocurriendo con el llamado multiculturalismo, que en las universidades norteamericanas representó la destrucción del canon de los autores y obras consideradas clásicos. Denuncia la sociedad «que se muestra escéptica ante la autoridad y cede fácilmente a la superstición; cuyo lenguaje político está corroído por la falsa piedad y el eufemismo». Lo que Hughes denomina con desparpajo «el culto al niño interior maltratado». Según él, para la sociedad norteamericana a la que pone en evidencia «los únicos héroes posibles son las víctimas».

En mi opinión, sin embargo, pecaba Hughes por excesivo optimismo cuando sugería que la marea de lo políticamente correcto bajaría, al menos en parte, porque los jóvenes acabarían hartos de tanta

«En los campus de EE.UU., y también del Reino Unido, vamos a peor en lo que se refiere a la marea de lo políticamente correcto»

---

mojigatería verbal. No está siendo así, desafortunadamente. Lo cierto es que en los campus de los Estados Unidos, y también del Reino Unido, vamos a peor.

La corrección política, exacerbada, ha dado lugar más recientemente a la aparición de los llamados *safe spaces*. Se trata de una iniciativa que dinamita el ideal filosófico que la enseñanza universitaria debería alentar; esto es, el de regir nuestras conductas y, en general, nuestras vidas, no exclusivamente por los sentimientos, los prejuicios o las pasiones, sino por la racionalidad, atributo privativo de nuestra especie. La Filosofía nos enseña a tener criterio propio, a no dejarnos engañar por los cantos de sirena de unos y otros.

Pero este ideal, vigente desde la Ilustración o incluso desde antes, desde el Humanismo renacentista, está cediendo terreno al *razonamiento emocional*, formulado por David D. Burns en su libro de 1980 *Feeling good: the new mood therapy* (no confundir con la canción de Nina Simone). Según él, hay que dejar que sean nuestras emociones y sentimientos los que determinen nuestras interpretaciones de la realidad. Y hay que evitar que la presentación cruda de esta altere nuestro equilibrio interior. Por eso, en la universidad se debería eludir la controversia. Los profe-

sores deberían olvidarse de la libertad de cátedra, y preocuparse sobre todo de cómo sus lecciones puedan afectar al estado emocional del alumnado.

–*Usted ha denunciado la «censura perversa» ejercida por «estamentos difusos de la sociedad civil», y no, como en otros tiempos, por el Estado, el Gobierno, el Partido o la Iglesia. ¿Sigue pensando que el Gobierno y el Estado no ejercen ninguna «censura perversa»?*

–Prefiero funcionar con el concepto de una «sociedad civil no gubernamental», en la que las universidades juegan un papel muy importante, como se ha demostrado precisamente a propósito de la corrección política, fenómeno que desde los campus norteamericanos ha inficionado el conjunto de la esfera pública internacional. Pero debo admitir que ese virus de la corrección política generado en la sociedad civil no gubernamental está contaminando también la esfera del Gobierno y el Estado. Algo que ya había profetizado en su distopía George Orwell.

Se ha relacionado con estos antecedentes todo intento del poder político por imponer normativas del lenguaje ajustadas a su ideología. Así, de un tiempo a esta parte proliferan también en España guías de lenguaje no sexista, alguna de ellas promovidas por los gobiernos de las comunidades autónomas. En marzo de 2012, ante la proliferación de estas guías publicadas por organismos públicos como consejerías o universidades, por sindicatos y otras corporaciones, el pleno de la RAE hizo suyo por unanimidad un amplio informe del académico Ignacio Bosque, ponente de la *Nueva Gramática de la Lengua Española* publicada en 2009.

Aparte de la denuncia de expresiones lingüísticas que son en efecto sexistas, pero existen en el uso real del idioma, como la de «sexo débil» —que, por cierto, tiene correlato exacto en italiano ( *Sesso debole*), francés ( *Sexe faible*),

e inglés ( *weaker sex*)—, la objeción mayor que desde sectores del feminismo se hace a nuestra lengua común se refiere al uso del masculino como genérico, como género no marcado que incluye a los dos sexos, masculino y femenino. Pero, como escribe Bosque, «hay acuerdo general entre los lingüistas en que el uso no marcado (o uso genérico) del masculino para designar los dos sexos está firmemente asentado en el sistema gramatical del español, como lo está en el de otras muchas lenguas románicas y no románicas, y también en que no hay razón para censurarlo». Pero desde el poder político se ha institucionalizado en ciertos casos tal desdoblamiento como hace, por caso, la Constitución bolivariana de la República de Venezuela.

«No hay fundamento gramatical para censurar el uso genérico del masculino. En nuestra lengua el masculino es género inclusivo, no marcado»

---

—«*Political language is designed to make lies sound truthful and murder respectable, and to give an appearance of solidity to pure wind*» (George Orwell). ¿Está de acuerdo? Definitivamente, ¿no podemos confiar, pues, en la política?

—Orwell fue uno de los profetas de la que hoy denominamos  *posverdad*, a la que, sin acuñar todavía el término, la describe no solo en su novela distópica  *1984*, sino tam-

bién en sus ensayos y sus testimonios de combatiente en la guerra civil española.

La *post-truth* se nutre básicamente de las llamadas *fake news*, falsedades difundidas a propósito para desinformar a la ciudadanía con el designio de obtener réditos económicos o políticos. Eso es lo que con una precisión y economía lingüística admirables nuestra lengua denomina *bulo*: «Noticia falsa propalada con algún fin», según reza el diccionario.

¿Resultará un tanto benévola aquella definición? Probablemente sí, si la comparamos con la que el escritor Julio Llamazares formuló al final de una de sus columnas en el diario *El País* (22 de abril de 2017): «La posverdad no es una forma de verdad, es la mentira de toda la vida». Y la *mentira* forma parte de los recursos propios de la práctica política. Nicolás Maquiavelo es muy claro a este respecto en *El Príncipe*. Allí no tiene empacho en afirmar que un gobernante prudente no puede ni debe mantener la palabra dada cuando tal cumplimiento redundaría en perjuicio propio y cuando han desaparecido ya los motivos que le obligaron a darla. No le faltarán, además, razones legítimas con las que disimular o justificar su inobservancia de lo prometido. El que manda debe ser un gran simulador y disimulador. Y concluye Maquiavelo con una máxima que sigue siendo de plena aplicación hoy en día: las personas somos tan crédulas y estamos tan condicionadas por las urgencias cotidianas que el que quiera engañar encontrará siempre quien se deje engañar. En la misma línea, según Hannah Arendt, el «estar en guerra con la verdad» va implícito en la naturaleza de la política, definida ya en su día

por Benjamin Disraeli como «el arte de gobernar a la humanidad mediante el engaño».

«Como escribió Hannah Arendt, el “estar en guerra con la verdad” va implícito en la naturaleza de la política»

---

—¿No ha dejado la crisis del coronavirus más en evidencia el uso político del lenguaje, al haberse tenido que improvisar toda una semántica manejable desde el poder para referirse a la enfermedad?

—Me gustaría pensar que la enfermedad denominada por la OMS *covid-19* puede contribuir a neutralizar un fenómeno terrible que cada vez parecía estar ganando más espacio, extendiéndose rápidamente por contagio (como el virus): la pérdida de significado de las palabras. La palabrería hueca sin referencia clara a la realidad, y sobre todo ausente de ese principio básico de toda comunicación verbal que es la veracidad: la correspondencia entre la palabra y la cosa. Recuperar ese significado trae consigo lo que mi admirado compañero de la RAE Antonio Muñoz Molina calificaba en un reciente artículo «el regreso del conocimiento». Porque «la realidad nos ha forzado a situarnos en el terreno hasta ahora muy descuidado de los hechos: los hechos que se pueden comprobar y confirmar para no confundirlos con delirios o mentiras».

La posverdad, que como ya he dicho es una forma de mentira, estaba instalada en el lenguaje de los políticos, que ya no se cortaban un pelo en decir una cosa pensando la contraria, o decir una cosa hoy y otra opuesta mañana. En 1984 George Orwell define esto como *doublethink*, doble pensar: «Saber y no saber, hallarse consciente de



lo que es realmente verdad mientras se dicen mentiras cuidadosamente elaboradas, sostener simultáneamente dos opiniones sabiendo que son contradictorias y creer sin embargo en ambas; emplear la lógica contra la lógica». Según el blog de verificación de datos de *The Washington Post*, en 466 días del Despacho oval el flamante presidente norteamericano profirió 3.000 mentiras, todo un récord: una media de 6,5 afirmaciones diarias que no eran ciertas. En cuanto a Europa o España, el gobernante que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Este apocalipsis de la veracidad verbal puede acabar; debe acabar; ojalá que se lo lleve la *covid 19*. Las palabras van a tener que recuperar en su uso el significado pleno; que ya no se pueda hacer malabarismos falaces con ellas.

Y también puede que se frene la tendencia al eufemismo y la mentira piadosa o –lo que es peor– intencionada, a esa censura del lenguaje que se llama corrección política. Robert Hughes contaba cómo en 1988 el *New England Journal of Medicine* exigía a sus colaboradores, cirujanos o forenses, no escribir nunca la palabra «cadáver», sino sustituirla por la forma compleja «persona no viva». Con humor concluía Hughes: «Por extensión, un cadáver gordo es una persona no viva de diferente tamaño».

Cadáver puede que les resulte a algunos un vocablo sospechoso, porque al ser de género masculino debería ser censurado por machista. El día primero en que el presidente Pedro Sánchez salió en TV anunciando y explicando el estado de alarma dijo que el Gobierno iba a hacer lo posible y lo imposible para *proteger a todos los ciudadanos*. Y ninguna mujer española entendió que esa protección no

iba con ella, porque en nuestra lengua el masculino es género inclusivo, no marcado, en este tipo de enunciados.

Ojalá no quepan ya más juegos censoriales contra las palabras «fuertes», porque una realidad dramática, implacable, inmisericorde, reclamará ser denominada por su propio nombre.

«Las palabras van a tener que recuperar en su uso el significado pleno; que ya no se pueda hacer malabarismos falaces con ellas»

---

—¿Hay diferencias entre lo «políticamente correcto» y la «buena educación»? ¿Cuáles ve usted?

—La corrección política es —como ya he afirmado— una forma de censura sobre la lengua, que nadie tiene derecho a ejercer, pues su libertad viene directamente de la voluntad de los hablantes —de hoy, y de ayer a lo largo de los siglos—, voluntad, como afirmaba el Estagirita, *para manifestar lo conveniente y lo dañino, así como lo justo y lo injusto*.

Por el contrario, la buena educación, que también se manifiesta mediante un determinado uso de la lengua —existe una «buena educación lingüística» como también hay un «sentido común lingüístico» que todos los hablantes tenemos por dotación natural—, pertenece al ámbito individual del *habla*. También lo dice el filósofo griego: *Esto es lo propio de los humanos frente a los demás animales: poseer, de modo exclusivo, el sentido de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto*. Todas las lenguas nos proporcionan generosos elementos expresivos para ser arbitrarios, inso-

lentes, groseros, machistas, racistas, canallas... Pero nadie nos obliga a hacer uso de ellos, todo lo contrario; igual que cuidamos nuestra facha corporal e indumentaria, sabemos que tal y como hablemos ofreceremos una determinada imagen de nosotros mismos.

—¿Encuentra usted algo falso y dañino en el «multiculturalismo», o sus críticos exageran?

—Una cosa es el reconocimiento y el respeto a todas las culturas y a sus distintas expresiones en cuanto fruto de las facultades más nobles que son privativas de nuestra especie humana, y otra muy distinta la mutación de aquella actitud justa y positiva en una ideología que nos conduce a la politización y al deterioro profundo de los estudios humanísticos, como desafortunadamente ha ocurrido de nuevo en el ámbito universitario norteamericano, y desde allí se ha propagado ecuménicamente como un virus.

La demagógica postura de los que hablan de elitismo y prepotencia eurocéntrica parece admitir tan solo la excelencia en el terreno deportivo. Ahí sí que se reconoce que un partido de fútbol de la liga de campeones es mejor que otro de tercera regional. Y se valora más una partida de tenis entre dos jugadores que están entre los diez primeros del ranking de la ATP que entre dos tenistas de club. Si en los países desarrollados, con un sistema de enseñanza obligatoria y universal, se procura dar de comer a los alumnos con alimentos de la máxima calidad, no entiendo por qué se les ha de privar de que conozcan a las grandes figuras de la literatura universal.

Por supuesto que todos estos fenómenos encajan perfectamente en el ciclo históricocultural de la llamada posmodernidad. Y obedecen a sus designios. Que incluyen la exacerbación del relativismo y la quiebra de los «grandes relatos legitimadores». Que favorecen el *pensiero debole* y caracterizan la llamada «sociedad líquida».

«La corrección política es una forma de censura sobre la lengua, que nadie tiene derecho a ejercer, pues su libertad viene directamente de la voluntad de los hablantes»

---

—*Una forma de dominio es tergiversar lo que las palabras de verdad significan. ¿Cuáles son las tergiversaciones que a usted más le molestan ahora, en la España contemporánea?*

—Sufro como una tragedia todo el discurso que acompaña el llamado *procès*, desde el «España nos roba» hasta el coronavirus... español. Y el *Quijote* que fue escrito por Cervantes en catalán y traducido a la fuerza al castellano.

—«*El lenguaje del vencedor... no se habla impunemente. Ese lenguaje se respira, y se vive según él*». *Si se habla el lenguaje de los enemigos mortales, la consecuencia es la entrega y la traición a las raíces propias, escribe Victor Klemperer en «LTI. La lengua del Tercer Reich».* ¿Está usted de acuerdo? ¿Ve paralelismos con la situación actual?

—¿Paralelismos? Sin duda los hay. Pero debemos ser prudentes. Aquello que Klemperer padeció —me refiero al Reich que iba a pervivir durante mil años y en realidad

duró tres legislaturas de cuatro— reunió unas características tan insólitas, malignas y terribles que no debemos tomar nunca en vano su recuerdo y mención.

Curiosamente, otra dictadura igualmente terrorífica, como fue el estalinismo, nos aporta en el terreno de la política lingüística un ejemplo contradictorio. En lo que se refiere a la vinculación entre ideología y lengua, tan vivo hoy sobre todo con el feminismo, registramos un interesante debate en la URSS, resuelto en última instancia por el líder Iósif Stalin, que poco antes de su muerte publicó en *Pravda*, en 1950, una serie de artículos luego reunidos bajo el título de *El marxismo y los problemas de la lingüística*.

En ellos refuta implacablemente las tesis del lingüista Nikolái Marr, fallecido años atrás (en 1934), quien consideraba la lengua una superestructura íntimamente ligada con los intereses de clase de la burguesía, de modo que, con el triunfo del proletariado y el establecimiento de una base o infraestructura materialista completamente opuesta, la lengua zarista debería ser sustituida por otro ruso, ahora revolucionario.

A ello contrapuso Stalin el argumento de que el marxismo considera que el paso de la lengua de una vieja cualidad a una cualidad nueva no se produce por explosión ni por destrucción de la lengua existente y creación de una nueva, sino por acumulación gradual de los elementos de la nueva cualidad y, por tanto, por extinción gradual de los elementos de la vieja cualidad.

Para el dictador soviético, la estructura gramatical y el caudal básico del vocabulario constituyen la base de



Darío Villanueva en la RAE

Foto: © Real Academia Española.

la lengua y la esencia de su carácter específico. Y pone el ejemplo de la revolución burguesa de la Francia de entre 1789 y 1794, periodo en el que la gramática y el vocabulario básico del francés se mantuvieron sin cambios esenciales.

Porque de acuerdo con el marxismo soviético, la lengua no es obra de una clase cualquiera, sino de toda la sociedad, de todas las clases sociales, del esfuerzo de centenares de generaciones. La lengua no ha sido creada para satisfacer las necesidades de una clase cualquiera, sino de toda la sociedad, de todas las clases sociales. A ello, precisamente –concluye la argumentación de Stalin–, se debe el que la lengua pueda servir por igual al régimen viejo y moribundo y al régimen nuevo y en ascenso, a la vieja base y a la nueva, a los explotadores y a los explotados.

–*Emociones, impulsos, racionalidad. ¿Puede la sociedad aspirar a que al menos la búsqueda de la verdad esté por encima de los impulsos y de las emociones o sepa canalizarlos sin acabar arrastrada por ellos?*

–Por supuesto que sí. Y así ha sido siempre que las personas nos hemos dejado guiar por la razón. Claro que somos también sentimientos, pero solo sobre ellos no se puede construir la convivencia civilizada. Mis sentimientos son míos en exclusiva, no tienen por qué ser compartidos por el otro. Sin embargo, las razones sí que nos pueden unir. Las razones –la verdad filosófica que no es necesario aprenderla en la universidad, sino que de suyo va en nuestra mochila de humanos– y los hechos –la verdad factual–.

–*¿Suponen las redes sociales una amenaza mayor para nuestra facultad de discernir entre verdad y mentira que los libros, la prensa y los discursos políticos de siempre?*

–El poder demiúrgico de la palabra como creadora, más que reproductora, de la realidad, se fortaleció con la escritura, al proyectar aquel efecto desde el momento de su primera enunciación a través del tiempo y el espacio, pero también se vio incrementado con la segunda revolución tecnológica de la imprenta y lo está haciendo de forma redoblada con los avances de nuestra era de la comunicación audiovisual digitalizada y su propia retórica. E igualmente, significa a estos efectos una verdadera revolución la exacerbación del subjetivismo egocéntrico por mor de los canales comunicativos proliferantes que están hoy al alcance de todos y cada uno de nosotros, lo que nos permite expresar con alcance ecuménico nuestras verdades

particulares, pero también nuestras paparruchas, nuestras pulsiones más negativas y nuestras mentiras.

Los medios audiovisuales, por otra parte, tienen hoy en sus manos, con redoblada intensidad, la capacidad de crear realidades: guerras y paces, héroes y villanos, presencias y ausencias. Por ello no es del todo descabellada aquella pregunta formulada hace años por algunos cínicos pensadores posmodernos: ¿ustedes creen realmente que los astronautas norteamericanos llegaron a la Luna?

Siendo como es este asunto tan antiguo como la Humanidad, adquiere no obstante nuevas y preocupantes dimensiones en la era posmoderna o transmoderna que vivimos, con su invención de la llamada realidad virtual, y con los previsibles desarrollos de la inteligencia artificial. Cabe preguntarse si la tecnología audiovisual y las nuevas plataformas comunicativas podrán destruir de una vez por todas nuestra facultad de discernir entre verdad y mentira, entre la historia y la fábula.

Añádase otro vector a este complejo de variables que van de la mentira o ficción a la verdad constatable, de la racionalidad crítica a la emotividad sublimadora. Me refiero a la capacidad que los seres humanos tenemos de dejarnos engañar o de engañarnos a nosotros mismos. Con ella contaba, según lo que hemos visto ya, el brillante y cínico pensador político Nicolás Maquiavelo; lo mismo que hacen, posmodernamente, los apóstoles de la posverdad, Donald Trump al frente. Y todos estoy seguro de que eran y son conscientes de una condición humana que hemos de admitir humildemente como eterna: la estupidez. ■